

# Murder

Marta permaneció estática. Por fin, sus ojos se adaptaron a la penumbra que la envolvía. Estaba preocupada: su hermano no respondía a su llamada. Avanzó, esquivando como pudo los objetos del suelo.

“¡Eric!”

Su grito se desvaneció en la oscuridad sin haber obtenido la ansiada contestación. Marta empujó lentamente una puerta, que crujió al abrirse. Dibujó una aliviada sonrisa en su rostro al ver la abultada silueta de su hermano. El llanto del chico la descolocó: le resultaba difícil ver a un gran hombre como él llorando en una esquina, con los brazos apresando fuertemente sus piernas.

- Eric, ¿qué está pasando?- preguntó asustada.

- Lo siento- contestó únicamente con voz rota.

Marta desvió su mirada del chico y la posó en una sombra que apareció a su lado. Aquello no podía estar sucediendo. Notó un frío que le recorrió el cuerpo al reconocer el desfigurado rostro que se alzaba ante ella.



El maletín era imposible de cerrar: demasiados papeles para tan poco tiempo. El reloj del escritorio marcó las seis menos cuarto. Marta desistió y cogió el abrigo. El timbre del teléfono le hizo retroceder sobre sus pasos.

- Consulta de Marta Coah, dígame- una voz masculina la estremeció- No te tengo miedo, y lo sabes- su interlocutor continuó con sus amenazas- Tienes suerte de no estar en la cárcel- dijo finalmente la chica, concluyendo la llamada con un golpe seco del teléfono.

Cogió el coche y condujo hasta casa. Las seis: no llegarían a tiempo. Cruzó la entrada de su hogar a paso ligero. Un chico de larga y oscura melena la recibió.

- Tranquila, no estaba haciendo nada de lo que crees.

- Más te vale- sonrió- Corre o llegaremos tarde, para variar.

- Te dije que no hacía falta que me acompañases: sé ir yo solo. Además, ¿no te da vergüenza ir por la calle junto a un drogadicto?

- Ex drogadito, Eric- aclaró Marta. El chico ocultó sus ojos marrones bajo el flequillo, agachando la cabeza- Lo estás haciendo muy bien: sé que puedes aguantar- Eric no respondió. Marta le pasó el abrigo y salieron de casa, subiendo por la calle.

- Te ha vuelto a llamar- Eric no apartó la vista del frente. Marta lo miró buscando consuelo- Si no haces nada lo haré yo- el chico mantuvo su mirada firme.

- Quedamos en que si te dejaba vivir en mi casa sería con la condición de que no te metieras en mi vida.

- Le tienes miedo- continuó, ignorando el comentario- No dejaré que te haga daño, me conoces.

- No quiero que hagas ninguna locura.

- Joder, Marta, te dije que olvidases a esa pareja, que sólo traerían problemas. Pero no, al final ayudaste a aquella mujer, cargando tú con las consecuencias.

- ¡Ese hombre la pegaba! ¡Hice bien en apoyarla para que lo denunciase! No quiero hablar del tema- dijo tranquilizándose- ni de los problemas de mis pacientes.

Los dos pararon frente a un edificio de piedra grisácea.

- Odio este lugar- Marta sonrió al comentario de su acompañante- Te veo dentro de una interminable hora...- dijo en tono soso. Guiñó el ojo y subió las escaleras hacia el interior de su “pesadilla”: la asociación Drogas No. Sentía que cada vez que leía aquel estúpido letrero le parecía más y más ridículo.

Marta lo abandonó, avanzando entre la soledad de la calle. La carrera de un hombre hacia ella advirtió a Eric que algo no iba bien. El chico siguió con la mirada al corredor, que aferró con sus brazos a Marta, ahora distante, y la arrastró calle arriba. Eric reaccionó. Corrió y se abalanzó violentamente contra el acosador de su hermana, empujándolo contra la pared. La mujer chillaba desesperada, intentando separar lo antes posible a los dos hombres. El agresor consiguió liberarse de las garras de su oponente, aprovechando la cercanía de Marta para apresarla y controlarla con la navaja en el cuello. Eric no retrocedió: sabía que podía controlar la situación, aunque eso implicase un desastroso final. No había otra opción.

-Suéltala- advirtió. La reacción de su adversario fue inmediata: se retiró varios pasos hasta chocar contra la fría pared, a los pies del edificio. Sin poder remediarlo, la navaja empezó a temblar, controlando con su hoja cortante la vida de Marta, que quedó sin respiración al ver la pistola en manos de su hermano. Nada había cambiado: tonta ella por creer lo contrario- ¡Que la sueltes, cabrón!- el cazador se convirtió en la presa, una presa fácil, a punta de pistola.

Marta debía confiar en Eric: sabía todo lo que había pasado en su vida, la muerte de sus padres, las drogas... siempre metido en problemas. Pero ella seguía siendo optimista, llegando a pensar que era ilusa. No podía dispararlo; no podía matarlo. Todo le había ido bien

desde que entró en aquella asociación Drogas No, pero si era así, ¿por qué llevaba encima el arma?

La chica notó cómo su agresor movió bruscamente la navaja, y vio cómo su hermano le apuntó, intuyendo la intención de cada uno.

- ¡¡Eric, no!!

Una única bala, disparada con odio, recibida por venganza.

Una única muerte, consecuencia de la ira, causante de desesperación.

No quería retirar la vista del cielo de la noche, no quería mirar hacia el interior del apartamento. No quería, pero debía. Un coche de policía patrullaba aquella calle infestada de malhechores. Eric se ocultó tras las cortinas, volviendo a la realidad, viéndose privado de disfrutar de las estrellas, de sentirse libre. Barrió con la mirada entristecida aquella habitación, tan odiada como conocida. Estaba poco amueblada, con paredes de papel roído, suelo de madera desgastada, y ropa y otros objetos esparcidos por ella. Apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer bajo la ventana. Sentía un fuerte remordimiento, imposible de controlar; tal vez porque la asociación de Drogas No consiguió ablandar sus sentimientos, bruto él; tal vez por haberlo echo delante de su hermana, la única que confiaba en él. Hundió la cabeza en sus brazos cruzados. Sintió una presencia sobre su cabeza. Sin dudarlo, miró hacia el techo. No se equivocaba: la cortina empezó a abultarse. Desde su perspectiva pudo diferenciar la forma de un rostro que se adentraba. Eric no sabía lo que sucedía, pero se retiró instintivamente, manteniéndose a una considerable distancia. Aquel cuerpo seguía entrando por la ventana de su cuarto, paralelo al suelo. El joven no reaccionaba: vivía en un segundo piso. El pie de la cortina rozó el rostro cabizbajo del ser, dejándolo visible. Eric contuvo la respiración, paralizado. Un gélido escalofrío lo golpeó cuando el hombre giró su cabeza para clavar en él unos ojos sedientos de venganza. Con dificultad por el terror que inundaba su

cuerpo, huyó de la habitación. Aquel rostro... Aquella herida mortal... Eric confundía tal realidad. Ignorando el lugar donde esconderse, confió en sus pasos desorientados. Gran error. Cerró fuertemente la puerta y la taponó con su cuerpo.

“Resultas tan predecible...”

Eric guió la mirada por el camino de voz de su visitante. Este, al sentirse visto, saltó sobre su asesino: no iba a desaprovechar esa oportunidad.

Un grito continuado por golpes llamó la atención de miradas perdidas en la calle.

Marta miró por la mirilla, extrañada al recibir una visita a primera hora de la mañana. Abrió la puerta y dejó pasar a su hermano.

- ¿Qué te ocurre?- la mujer se recogió el pelo en una coleta como hacía siempre, mostrándose presentable- ¿Te han descubierto?- Eric no respondió. Entró arrastrando los pies y se sentó en el sofá, ahogando un gemido de dolor. Marta lo notó.

- ¿Qué ha pasado?

- Él... me ha encontrado...

-¿Quién? ¿La policía? ¿La policía te ha encontrado? ¡Sabía que no debías volver a tu casa! ¡En qué estaba pensando: no era un buen escondite!

- No, ¡no!- gritó. Marta lo miró, callándose para conseguir alguna explicación- No ha sido la policía. El hombre que maté... apareció en casa y me pegó una paliza...

- Espera, ¿cómo que el hombre al que...?- Marta se tapó los ojos con la mano- Mira, entiendo que fuese duro ver morir a ese hombre, volver al agujero del que conseguiste salir, abrir viejas heridas, pero no puedes dejar que eso te influya - razonó.

- ¡No digas gilipolleces! ¡Ese hombre está vivo y sabe dónde está mi apartamento! Me ha hecho pagar por lo que le hice.

- ¡Eric, por dios! Ambos sabemos que eso es imposible. ¡Le destrozaste el cráneo!- se retiró el pelo que consiguió escaparse del coiletero por sus histéricos movimientos- No quiero hablar de esto- sus ojos enrojecieron.

Eric comprendió el posterior llanto de su hermana, pero no su reacción ante lo que intentaba explicarla. En cuestión de minutos, Marta estaba sola en casa, intentando por una parte creer las palabras del chico, por otra, olvidarlas.

El seco sonido de la puerta principal encerró a Eric en el apartamento. Cruzó el pasillo y se dirigió al baño. Apoyándose en el lavabo se miró al espejo. Se sentía estúpido.

- Imbécil- se dijo- Tanto te metiste... tanto disfrutaste... solo, sin nadie- se lanzó una sonrisa- Ya nadie puede creerte. Ni siquiera Marta- mantuvo la mirada frente a la de su reflejo- Imbécil- repitió- ¡Imbécil!- con un suspiro bajó la cabeza y se lavó la cara.

El temblar del espejo le hizo volver a mirarse en él. Su reflejo calcaba la preocupante mirada que recibía. El cristal parecía saltar en la pared. Eric lo agarró, pero no notaba ningún movimiento: sus ojos le engañaban. Un hombre de rostro deforme meneaba débilmente la cabeza del muchacho. Eric seguía sujetando el cristal, haciendo fuerza contra algo que estaba quieto, pero que a la vez no paraba de moverse en su mente. El hombre que no podía ser visto aumentó sus ladeos. El chico notó presión en ambos lados de su cabeza. El espejo seguía balanceándose, cada vez más fuerte. Eric consiguió ver su reflejo, con una posición distinta a la suya: él no sujetaba el cristal, sino que trataba de separar unas manos de su cabeza que lo movían brutalmente. Eric soltó el espejo, que seguía moviéndose como si nada antes lo hubiese intentado frenar. Posó las manos en su cabeza y palpó fríos dedos apresándolo. En cuanto hubo aquel contacto, los movimientos cesaron, momento que el chico aprovechó para mirar hacia atrás. Las manos que lo sostenían se aflojaron, dejando que su presa moviese la cabeza, queriendo que esta viese a su oponente. Eric reaccionó con una mueca de asco

mezclada con desesperación. El hombre de rostro medio arrancado por una herida mortal de bala apretó de nuevo sus manos contra la cabeza de Eric. El muchacho vio una vengativa sonrisa en su acompañante, que lo empujó violentamente contra el espejo.

Tras varios intentos, Eric consiguió separar sus pesados párpados. Sentía un fuerte dolor en la cabeza. Se encontraba tirado en el suelo de su baño. Apoyó la mano entre los cristales que había esparcidos y trató de levantarse. Un mareo lo derrumbó en el suelo. Eric deseaba levantarse, llamar a Marta, contárselo todo. Pero ¿para qué? Seguro que no le creería. “Eric te llamas, ¿no es cierto?” El chico reconoció la voz y se giró como pudo en el suelo para mirar una esquina vacía. “Sí, así es. Tú fuiste el último nombre que oí.” Eric notaba cada vez más grave la voz que lo amenazaba. Sabía que debía ignorarlo, pero resultaba imposible. “Eres penoso”, rió. “Pareces un perro malherido intentando levantarse de su zona de castigo.” Eric consiguió erguirse y, echando un último vistazo al baño sin encontrar al emisor de los mensajes, se dirigió balanceándose hasta el teléfono. La voz lo siguió. “No”, ironizó. “¡Vas a llamarla!”, dijo acompañando sus palabras con una leve carcajada. Eric frunció el ceño y empezó a marcar. “Eric, Eric... menudo nenaza estás hecho...”

- ¡Qué te calles!- gritó a las paredes que lo rodeaban.

- Consulta de Marta Coah, dígame- contestó una voz risueña desde el otro lado.

- ¡Marta! ¡Tienes que ayudarme!- dijo Eric intentando alejar de su cabeza aquella voz.

“No te ilusiones, no te va a creer, ya lo verás...”

- ¿Eric? ¿No estarás en la comisaría?

- ¡Marta, escucha! ¡Él ha vuelto! ¡Me ha atacado!

- ¿Todavía sigues con eso?- suspiró sin remedio.

“Era de esperar: ¿quién va a creer en un drogata como tú?”

- ¡Que te calles, joder!- rebuscó con la mirada cada rincón del cuarto.

- ¿Perdón? Mira Eric, esto está pasando de castaño a oscuro. No consentiré que me gastes este tipo de bromas.

- Pero es verdad- al chico se le humedeció la voz. “Ahora vas a llorar ¿no?”, la voz seguía retumbando en su mente. “Más bajo no se puede caer: ¿en serio quieres hacerla razonar? Siempre te tuvo asco, te acogió en su casa por pura pena...”

- ¿Cómo coño sabes que vivía en su casa?- gritó.

- Eric, ¿qué te ocurre?- sospechó Marta.

“Cuando espías a alguien, no pasa desapercibida la incomodidad que la rodea por culpa de su acompañante. Eric, ¿en serio pensabas que se quedaba hasta las tantas en el trabajo?” El chico quiso seguir escuchando a la grave voz. “Mira dónde estás ahora: te dejó en una ratonera al saber que traerías problemas por mi muerte. Quiere que te pudras aquí.”

- Eric, como psicóloga te diría que sufres un grave estrés postraumático- cortó la comunicación telepática que mantenían el chico y su invisible acompañante.

“Quiere que te pudras, quiere que te pudras...”, tarareaba el hombre. Eric representó aquella voz como su conciencia.

- Como psicóloga... ¿y como hermana?- dijo sin obtener respuesta. “Estoy aquí para matar a alguno de vosotros. No me importaría que fueses tú, querido Eric.” El chico se tocó la brecha de la cabeza y creyó lo que decía. “Pero, sinceramente, prefiero acabar con aquella que dio fin a mi matrimonio, con aquella por la que fui asesinado”

- Marta- dijo decidido, llevado por sus ganas de vivir- Ven a casa, sé cómo demostrártelo.

Marta encontró la puerta entreabierta y aprovechó para entrar. “¡Eric!”, llamó. Avanzó por la casa hasta encontrar a su hermano, que lloraba en una esquina.

- Eric, ¿qué está pasando?- dijo. A su lado se alzó una figura, que se acercó a la mujer, descubriendo su rostro. “Pagarás por lo que me hiciste en vida.”

- ¡SOCORRO!- gritó desesperada a su hermano. El difunto se acercaba peligrosamente.

“¿Qué has hecho?”, pensaba Eric. “Eres estúpido: has caído en su trampa y le has puesto en bandeja a Marta.” El hombre miró furioso a su víctima. “Ella no se merece morir, lo tiene todo.” Marta chillaba desesperada, acorralada contra la pared. “En cambio yo...” Sin dudarlo, salió del rincón. La penumbra de la casa no concedió el deseo de la mujer: dejar de ver el desfigurado rostro del hombre que la acosó en vida y que pronto pondría fin a la suya. Este sonrió victorioso, transformándose en una sombra que se ensanchó por los lados, queriendo envolver con su sombrío abrazo a Marta. Algo se interpuso entre la mortal figura y su débil rival. Sin poder frenar su captura, el oscuro ser atrapó al chico que entregó su vida por salvar la de su hermana. Marta veía tras las lágrimas de sus ojos cómo el hombre se introdujo en el cuerpo de Eric, que gritaba de dolor. Todo quedó en silencio cuando no quedaba ni rastro de la sombra. La mirada recíproca de los hermanos confirmaba la duda en la que vivían.

- ¿Por qué lo has hecho?

- Nena, yo no tengo nada que perder- intentó disfrazar el dolor tras una sonrisa desarticulada. Marta la agradeció, pero no contestó- Pero tú... tú lo perderías todo- notó que su cuerpo empezaba a helarse, al contrario de su cara, donde el sufrimiento le hizo cubrírsele con sus frías manos. Marta quiso ayudarlo, pero algo le decía que sería imposible salvarlo: empezó a sangrar por la cabeza. Sin remedio, el chico cayó al suelo, retorciéndose de dolor.

La puesta de sol se cubrió de gritos: unos primeros de tormento, lamentando seguir vivo en aquella dolorosa pesadilla; otros últimos de tristeza por la pérdida de un ser querido.

El tiempo se hacía eterno entre las cuatro paredes de la sala. Marta estaba sentada en una de las pocas sillas con la mirada perdida, esperando la llegada del forense. Por fin se abrió la puerta y una mujer morena se acercó.

- ¿Marta Coah? Soy la forense Sarah...

- ¿Sufrió?- cortó con voz seca.

- Verá. Su hermano murió desangrado por una herida de bala en la cabeza- paró para pensar cómo explicar su descubrimiento- El caso es que... no se ha encontrado ninguna bala en el cráneo, sólo su letal efecto...

- ¿Sufrió?- repitió, aguantando sus ganas de llorar. Sarah fue a responderla cuando Marta la interrumpió, prefiriendo no saber la respuesta a su pregunta.

- Quiero verlo.

Sarah la dejó junto a una sábana blanca que tapaba un bulto inerte y desapareció del cuarto. Marta agarró la fina tela y, temblando, destapó el cuerpo desnudo de su hermano. Se le escapó un gemido desesperado y miró con horror a Eric. Los hematomas que daban color a la pálida piel del chico le hicieron sentirse culpable.

-¿Por qué no te creí?- susurró entrecortadamente.

Desvió su mirada de los moratones, posándola sobre el rostro deforme. Cerró fuertemente los ojos.

- Tenías razón: yo lo perdería todo- dijo en alto. Abrió sus ojos rojizos y dedicó unas últimas palabras a su hermano- Ya lo he perdido...

Acariciando la rebelde melena del joven, lo besó en la mejilla, dejando caer en su gélida piel una lágrima cargada de dolor.